

Menéndez y Pelayo, estudiante

Más que los dictados de *muy noble, siempre leal y decidida*, y más que la corona ducal que ostenta en sus armas la antiquísima ciudad de Santander, debe envanecerla la pléyade brillantísima de hijos ilustres que, nacidos bajo aquel oscuro cielo, han sido ornamento y gala de la madre Patria. El más insigne de todos ellos, don Marcelino Menéndez y Pelayo, vió en ella la luz primera el día 3 de noviembre de 1856. Al lado de sus bonísimos padres, que todavía, por fortuna, viven, y en el Instituto santanderino, cursó la segunda enseñanza, con tal aprovechamiento y con tan manifiesta precocidad de su raro ingenio, que, ya bachiller en 1871, amigos ilustres de la familia presagiaban al despedir á Menéndez y Pelayo, que marchaba á comenzar su carrera en la Universidad de Barcelona, los triunfos que alcanzaría en lo porvenir. Llegado que hubo á Barcelona, matriculóse en las asignaturas de Estética y Principios de Literatura, Gramática griega, Geografía y Literatura latina, que explicaban, respectivamente, los señores don Manuel Milá y Fontanals, don Antonio Bergnes de las Casas, don Cayetano Vidal y Valenciano y don Jacinto Díaz.

En la capital de Cataluña, la ciudad más culta de España, sábense allí con más anticipación que en Madrid inclusive, las noticias literarias, y ya no eran un misterio para la gente docta las revelantes condiciones de Menéndez y Pelayo. Hizo éste su *debut*, como ahora castizamente decimos, en la clase de Estética, y por tan maravilloso modo, con tan desusada maestría explicó el concepto de la *bellesa* y las infinitas teorías que desde Platón acá han venido exponiéndose, que de aquel día data el respeto y admiración con que le trataron siempre sus condiscípulos, reconociendo noblemente la infinita superioridad en cuestiones literarias de un chicuelo que por aquel entonces tenía quince años, y el afecto con que sin el más ligero eclipse se ha extinguido su doctísimo maestro, el doctor Milá, hoy en mi humilde sentir la primera autoridad que tenemos en asuntos literarios, máxime de los que dicen relación á la Edad Media, no sé yo si reconocida por nuestros flamantes críticos, pero sí y unánimemente por los del resto de Europa, que aplauden sus obras, nutridas de ciencia, dechado de sobriedad en la exposición, como entre otras lo acreditan *La Poesía heroica popular*

castellana y *Los trovadores en España*. Terminado el curso, hubo Menéndez y Pelayo de ir á pasar el verano á Santander, y al año siguiente, que era el de gracia de 1872, volvió á Barcelona, en cuya Universidad estudió Historia Universal con don Joaquín Rubió, autor envidiable del estudio acerca de *La sátira en la Antigüedad y en la Edad Media*. Poeta lírico de grande inspiración y delicadeza, que brilla dignamente al lado de los Cabanyes, Aribau, Piferrer y tantos otros; *Hebreo* con don Mariano Viscasillas, y *Literatura griega* con el ya citado don Jacinto Díaz, que, como los anteriores, sigue aún desempeñando su cátedra con grande general aplauso.

Un acontecimiento literario tuvo lugar por aquel tiempo en la Ciudad Condal. El Ateneo barcelonés iba á conmemorar el aniversario de la muerte de Cervantes con una sesión solemnísimá. Invitan á Menéndez para que rompíese una lanza en aquel torneo, se excusa cortésmente, insisten los socios, cede al fin, y en dos días escribió un trabajo á que puso por nombre *Cervantes considerado como poeta*, cuya rica erudición y primoroso estilo cautivó al numeroso y escogido auditorio que tuvo la fortuna de escucharle. Estos continuos quehaceres, el indispensable que le acarreaban las asignaturas que estudiaba, la visita diaria á la Biblioteca, no eran causa para impedir que Menéndez se pusiera en poco tiempo al corriente de la rica antigua literatura catalana, con más flexibilidad aún de la expresiva habla en que está escrita, sin desdeñar por eso la contemporánea, que posee á maravilla.

Llegó el curso de 1873 á 1874, y Menéndez y Pelayo vino á Madrid. Las aulas de Barcelona—escribenos un excelente amigo—perdieron para siempre su más aprovechado discípulo y el Principado uno de sus más entusiastas admiradores. Matriculóse aquí en las asignaturas de *Estudios críticos sobre autores griegos*, *Historia de España* y *Metafísica*, estudiando á la par Bibliografía, no con el intento de ingresar en el Cuerpo de Archiveros y Bibliotecarios, sino por su decidida afición á este linaje de conocimientos.

Se ocupaba á la sazón nuestro ilustre amigo en recoger datos para una obra, de que en otro capítulo hablaremos, y proseguía al mismo tiempo la traducción de las tragedias de Séneca, tarea que había comenzado en Barcelona.

Era el 31 de mayo de 1874 y los dignos profesores de esta Universidad habían endilgado su correspondiente *sermón* de despedida, sembrando, ora la confianza, ora la pavora, en el ánimo de los escolares, según la promesa que cada cual hiciera de tener en el examen más ó menos ancha la manga, como vulgarmente se dice.

La emoción de aquel día prodújola el discurso de don Nicolás Salmerón, que con aplauso verdaderamente filosófico y con aquella soberana majestad que le distinguía, y que es de suponer no haya perdido en el suelo francés, adonde le tienen relegado sus extravíos políticos (defendidos, por cierto, nos complacemos en reconocerlo, con una dignidad y consecuencia nunca bien alabadas), prometió suspender á cuantos discípulos entrasen á examen, dado que ni uno había sorprendido las *sublimidades* de la ciencia krausista. Ni Menéndez ni nadie podía dudar de la honrada palabra del maestro; así que, examinado de las otras asignaturas, tomó el tren y se detuvo en Valladolid. Yo no sé qué explicó aquel año don Nicolás Salmerón; sospecho que hablaría del *concepto de la ciencia y de las fuentes del conocimiento*; con toda evidencia que no hubo de discurrir sobre la filosofía escolástica; si por casualidad hubiera escuchado Menéndez en Barcelona al difunto Llorens, sabría no poco de la filosofía escocesa, de que era el eminente Llorens fervoroso panegirista, especialmente de Rusiltou; es lo cierto que escolástico era el profesor que le examinó en Valladolid, el cual profesor dijo á un su amigo que no parecía sino que Menéndez había consagrado toda su vida al estudio de la filosofía Tomista. Incansable nuestro amigo, y como para desquitarse de las pasadas fatigas, aspiró y obtuvo el premio ofrecido por *La Ilustración Española y Americana* al mejor trabajo que se presentara en el Certamen.

.....
Catedrático de Literatura en la Universidad de Valladolid, era á la sazón un hombre ilustre en la república literaria don Gumersindo Laverde Ruiz. La Historia no ha de olvidar, ciertamente, la brillantísima parte que este escritor ha tenido en la noble tarea de combatir la errada opinión vulgar de que entre nosotros no hubo ni filosofía, ni ciencia, ni nada hasta el punto y hora en que despertamos á la vida moderna; menguada y antipatriótica teoría, que todavía se sostiene enfrente de la del señor Laverde, de quien ha dicho un insigne crítico "que si valen mucho las excelencias del ingenio, valen más las de la índole, pudiendo afirmarse de él como de pocos que es un hombre de buena voluntad".

MIGUEL GARCÍA ROMERO.

(De sus *Apuntes para la biografía de don Marcelino Menéndez y Pelayo*, Madrid, 1879.)